

Sé atrevido. Sé valiente. Te asustarás.

# LA HORA <sup>De LAS</sup> BRUJAS

LIBRO UNO



EL

CUCHILLO Y EL VAMPIRO

JACK HENSELEIT

LA HORA <sup>De</sup> LAS  
BRUJAS

LIBRO UNO

TÍTULOS DE  
LA HORA DE LAS BRUJAS  
EL CUCHILLO Y EL VAMPIRO  
EL CORAZÓN DEL TROLL

# LA HORA <sup>De</sup> LAS BRUJAS

LIBRO UNO

EL CUCHILLO Y EL VAMPIRO

JACK HENSELEIT

ILUSTRACIONES: RYAN ANDREWS

edebé

Original title: THE WITCHING HOURS 1: The Vampire Knife

Text copyright © 2017 Jack Henseleit

Illustration copyright © 2017 Ryan Andrews

Design copyright © 2017 Hardie Grant Egmont

First published in Australia by Hardie Grant Egmont Pty. Ltd.

"This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent – [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)"

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© Traducción: M.ª Carmen Díaz-Villarejo

© Ed. Cast.: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

[www.edebe.com](http://www.edebe.com)

Atención al cliente: 902 44 44 41

[contacta@edebe.net](mailto:contacta@edebe.net)

*Dirección de Publicaciones Generales:* Reina Duarte

*Editora:* Elena Valencia

Primera edición, octubre 2018

ISBN 978-84-683-3857-6

Depósito legal: B. 11994-2018

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para Gypsy, Jesse y Raffy*  
*— los niños más siniestros de todo el monte Rowan.*



CUENTOS FANTÁSTICOS PARA  
NIÑOS ATREVIDOS

UNA ADVERTENCIA

**L**os cuentos fantásticos recopilados aquí, no transcurren en el mundo que conocemos. Son cuentos de bosques oscuros y profundos: leyendas de un viejo bosque, donde criaturas extrañas y terribles caminan bajo los árboles. Son historias de seres fantásticos con formas salvajes, con cuerpos hinchados de magia y de sangre.

No sería sensato ir al encuentro de estas criaturas. De hecho, es imposible. Su mundo no es nuestro mundo. Sus caminos no son nuestros caminos. Albergar deseos de encontrarlos solo lleva a la decepción y a la desesperación.

No vayas al encuentro de las criaturas fantásticas.

No las encontrarás.

Y si lo haces, te arrepentirás.





# 1

## CASI ALLÍ

—¿MÉ CUENTAS UN CUENTO? —PREGUNTÓ MAX.

Anna volvió la cabeza para intentar verlo. El profesor había construido una especie de barricada de almohadas y maletas en mitad del asiento trasero, para evitar que Max y ella se dieran patadas. Y era tan alta que lo único que Anna podía ver era las puntas de los mechones morenos de su hermano. El resto de su cara estaba oculta por la pila de libros del profesor.

—¿Y si jugamos al veo, veo? —preguntó Max—.  
Puedes empezar tú, si quieres.

Anna miró por la ventanilla.

—Solo hay un problema, Max: que no veo nada  
—suspiró.

Era una tarde oscura y tormentosa en Transilvania. La lluvia caía con estruendo por la colina, tamborileando en el techo del coche mientras que este serpenteaba por el camino de montaña. Las luces del coche luchaban por abrirse paso entre la oscuridad.

Anna sospechó que se habían perdido. Hacía tiempo que no había visto ninguna señal de carretera, y el camino por el que circulaban era tan estrecho y lleno de rocas que posiblemente no fuera ninguna carretera. La tormenta había hecho que los primeros momentos dentro del coche fueran muy emocionantes. Pero después de tres horas conduciendo, Anna había empezado a preocuparse.

—¿Estamos cerca? —preguntó y tiró un poco de su cinturón para intentar ver algo por la parte delantera del coche.

El profesor sujetaba el volante con ambas manos y su nariz casi tocaba el parabrisas al intentar ver el camino que tenía por delante. De vez en cuando miraba hacia el asiento del copiloto, donde se apilaban mapas y atlas. Por encima, destacaba el mapa más antiguo que Anna había visto nunca. El papel estaba tan desgastado que había empezado a romperse.

Anna se aclaró la garganta.

—¿Vamos a llegar pronto? —dijo en voz alta.

El profesor se sobresaltó y el coche dio un bandazo de un lado a otro del camino (lo que no era una gran distancia).

—Sí, ya casi estamos —dijo mirando con nerviosismo el viejo mapa. Entonces se frotó la frente—. Por lo menos eso creo.

Anna gimió. No era la primera vez que se perdían con el profesor. Se recostó sobre su asiento y se cruzó de brazos.

—Todavía me quedan algunas chuches —dijo Max.

—Mentiroso.

—No lo soy. Me he guardado casi la mitad.

—Enséñamelas.

Anna observó cómo una bolsa marrón de papel se elevaba por encima de la barricada. Parecía medio llena. Estaba impresionada. Ella había terminado sus chuches hacía por lo menos dos horas.

—Las compartiré contigo —dijo Max—. Pero me tienes que contar algún cuento.

Un rayo restalló en el bosque cercano. El trueno resonó de una forma tan estruendosa que parecía como si un gigante hubiera partido el cielo.

—Trato hecho —contestó Anna.

Una chuche de gelatina roja en forma de serpiente voló por encima de las maletas y apareció en su regazo.

—Pero que no dé mucho miedo, solo un poquito —matizó Max.

—Vale. Déjame que piense un momento.

Anna masticó la serpiente de gelatina mientras miraba el oscuro bosque por la ventanilla. Sonrió en su interior.

Y entonces comenzó a contar el cuento.

—Érase una vez un niño pequeño llamado Max que tenía ocho años —comenzó a narrar Anna—. Max vivía en la ciudad con su hermana, de once años, y su padre, a quien llamaban «El profesor». Un día, el profesor llevó a Max y a su hermana, en un viaje de trabajo, a un enorme bosque en mitad de ninguna parte. Pero Max nunca debería haber entrado en aquel bosque.

—¿Y por qué no?

—Porque en el bosque siempre era de noche y siempre estaba lloviendo; y los caminos eran tan largos y frondosos que incluso el profesor se podía perder. Pero peor eran las criaturas que vivían bajo los

árboles. Y lo peor de todo es que en lo más profundo y oscuro del bosque... —Anna hizo una pausa para dar más dramatismo a su relato— vivía una bruja.

—Espera un momento, no sigas con la historia —interrumpió Max.

Anna paró. Estaba encantada de que Max no pudiera ver su enorme sonrisa.

—Quiero decirte que ya no me dan miedo las brujas. Así que no me importa que haya brujas en ese cuento, ¿vale? —aclaró Max.

—Vale —contestó Anna.

—Solo lo he dicho para que la historia dé un poco más de miedo. Pero en realidad, no quiero que le pase nada malo a Max.

—Siempre dices eso. Pero tú sabes que *algo* le va a pasar a Max.

—Anda, Anna, sé buena —dijo el profesor desde el asiento delantero—. ¿Por qué no le lees a Max algunas historias del libro nuevo?

Anna arrugó la nariz. El profesor le había comprado un libro de cuentos en el aeropuerto, pero el aspecto no le gustaba nada. La portada era brillante, de un color rosa con purpurina, y esos personajes no daban nada de miedo. Los libros que a ella le gustaban eran cuentos fantásticos de verdad, y estaban bien guardados en su maleta, enterrados bajo la pila del equipaje. En ellos había brujas y duendes malvados que engañaban a niñas y niños incautos. A veces incluso se llevaban algún tesoro mágico.

Y, en ocasiones, esas historias no tenían un final feliz: los monstruos ganaban.

A Anna le entró un escalofrío.

—No, gracias —dijo mientras empujaba con el pie el libro rosa de cuentos de hadas bajo el asiento del copiloto—. Seguiré con esta historia.

—Sí, continúa —añadió Max—. A Max no le va a pasar nada, ¿verdad?



Anna no le contestó y continuó.

—Max sabía que no debía adentrarse en el bosque. Con el tiempo, comenzó a tener valor y empezó a jugar cada vez más cerca de los árboles. Un día, Max se sintió muy valiente y se adentró en el bosque, pensando que podría ser una buena aventura.

Entonces vieron un rayo que hizo que incluso Anna se sobresaltara. Por un segundo se pudo ver el bosque, iluminado como si se tratara de un día soleado. Los árboles eran muy viejos y retorcidos, con ramas curvadas que se extendían hacia la carretera como brazos de madera. Algunas ramas más pequeñas parecían dedos largos y afilados.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Max muerto de miedo.

—Solo un rayo —respondió Anna.

—No me refiero a eso. He visto algo en el bosque.

—¿El qué?

Anna estiró el cuello para poder mirar por la ventanilla de Max, pero el rayo había pasado y solo se veía oscuridad.

—No sé —dijo Max—. Parecía una persona. Una persona alta con ojos blancos.

—Quizá fuera un oso —comentó el profesor—. En Transilvania hay muchos osos, y muchos lobos.

Anna pensó que ver un oso habría sido muy emocionante.

—No, no era un oso. Era otra cosa, y me miraba fijamente —apuntó Max.

—Pues yo creo que era un oso —insistió el profesor—. Y también creo que por hoy hemos oído bastantes historias fantásticas, Anna.

—Vale —contestó Anna cruzándose de brazos—. Yo creo que ya hemos oído bastante sobre mapas y direcciones —farfulló.

La tormenta iba a peor. La lluvia caía de forma más intensa, retumbando estruendosamente sobre el techo

del coche. Anna solo esperaba que el techo aguantara sin romperse. Todos estaban en silencio mientras se adentraban más y más en el bosque.

Entonces otra serpiente de gelatina aterrizó en el regazo de Anna. La joven sonrió, se volvió hacia la barricada y comenzó a retirar las bolsas y los libros para dejarlos sobre sus pies. Unos segundos más tarde, oyó a Max que empezaba a excavar desde el otro lado. La barricada empezó a tambalearse. Entonces la última bolsa se desplazó y el túnel quedó terminado. Allí estaba Max, mirando desde el otro lado del agujero. Anna tenía la extraña sensación de que estaba mirando a otra persona a través del hueco de una estantería.

—¡Termina la historia! —susurró Max.

Anna dirigió una mirada furtiva hacia el profesor.

—Vale. Esto fue lo que pasó después: Max sabía que no se podía fiar de los senderos del bosque, y que tendría que encontrar después el camino de vuelta a

casa por sí mismo. Como tenía un trozo de pan en su bolsillo, empezó a partir migas y a dejarlas en el suelo tras él.

—Eso es de *Hansel y Gretel* —interrumpió Max.

—Sabía que cuando quisiera regresar, debería seguir el rastro de las migas y estas le guiarían a través de los árboles.

—Seguro que no, los pájaros se las comerán.

Anna le miró enfadada.

—Max pensaba que los pájaros se comerían las migas —continuó—. Pero no lo hicieron. Se trataba de un bosque encantado, y todos los pájaros y demás criaturas pequeñas habían desaparecido hacía tiempo. Los únicos que permanecían allí eran los osos y los lobos... y una bruja. Y Max no lo sabía, pero en realidad habría sido mejor que los pájaros se hubieran comido las migas de pan, porque el rastro que iba dejando se podía seguir en dos direcciones. Si se seguía en una dirección,

el rastro podría llevar hacia la salida del bosque; pero en la dirección opuesta, podría llevar directamente hacia Max.

El coche aminoró la marcha hasta parar. Anna se reincorporó, preocupada por si el profesor había oído su historia, pero este estaba distraído. Su cara seguía pegada a la ventanilla mirando con los ojos entrecerrados.

—Este debe de ser el sitio —dijo—. Voy a salir un momento para comprobarlo. ¿No pasa nada si os dejo un momento aquí solos?

—No, no pasa nada —dijo Anna.

—Noo... —añadió Max con menos seguridad.

El profesor sonrió para dar confianza. Abrió la puerta del coche y durante un momento se oyó intensamente el ruido del viento, susurrando, silbando y batiendo y rugiendo mientras caían grandes gotas de agua. Entonces la puerta del coche se cerró de golpe y el sonido de la tormenta enmudeció de nuevo.

De repente, los dos niños se sintieron muy solos.

—Deja de contar tu historia hasta que venga papá —pidió Max.

—¿Estás seguro? Lo que viene ahora es realmente bueno.

—¿Da miedo?

—Un poquito.

—Bueno, vale, continúa —Max no podía evitarlo. Anna sonrió.

—Así que Max empezó a caminar en silencio por el bosque, dejando un rastro de migas. Pero no se dio cuenta de que, tras él, alguien caminaba también en silencio. Alguien se le acercaba cada vez más, hasta casi tocarlo.

La cara de Max estaba muy quieta. Anna se inclinó hasta que su cara rellenoó todo el hueco del túnel y sonrió mostrando sus dientes. Entonces empezó a hablar en voz baja y terrorífica.

—Bajo los árboles estaba muy oscuro, tan oscuro que Max apenas podía ver nada. Pero ahora aquel ser estaba tan cerca, que Max oyó unos pasos distintos de los suyos, y finalmente se dio cuenta de que alguien, o algo, le estaba acechando en la oscuridad. Así que Max volvió la cabeza.

El Max real no lo pudo evitar y también miró por el cristal trasero del coche. En ese momento la puerta de su lado se abrió.

La tormenta se precipitó en el interior del coche. Anna no podía ver nada, ya que la lluvia y el viento la cegaron y se tuvo que frotar los ojos confundida, intentando saber lo que había ocurrido. Podía oír gritar a Max, pero no sabía por qué. ¿Era solo porque se había sorprendido de que la puerta se abriera, o había sucedido algo más? Rápidamente, Anna se desabrochó el cinturón y se reincorporó sobre la barricada para intentar ver algo.



*La tormenta se precipitó en el interior del coche.*



JACK HENSELEIT

Lo que vio le dejó sin aliento.

Una anciana llena de arrugas estaba entrando en el coche, y sus marchitas manos salían desde debajo de una capa larga y negra.

Estaba intentando agarrar a Max.